Bienvenido, doctor Cámpora

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

CUARENTA y cuatro meses después de haberse asilado en la embajada de México en Buenos Aires el doctor Héctor J. Cámpora ha podido salir de su cautiverio y ayer por la tarde llegó a nuestro país. La prolongada negativa a extenderle salvoconducto, contrariando el derecho de gentes, es una muestra clara, si bien no la más grave, del respeto que la libertad y la vida merecen a los espados que hoy usurpan el poder en la República de Argentina.

El Gobierno mexicano tuvo que ejercer una permanente presión sobre el de Buenos Aires para que se permitiera la salida del ex presidente argentino. Ultimamente, el propio jefe del Estado mexicano tuvo que interesarse de manera personal por obtener el salvoconducto, cuando la salud de Cámpora se deterioró gravemente. Estas dos últimas circunstancias —la intervención de López Portillo y la gravedad del asilado en nuestra embajada— fueron las circunstancias determinantes en la decisión argentina de dejar en libertad al dirigente peronista, pues su reclusión en nuestra sede diplomática era un virtual encarcelamiento.

Aún en el acto positivo de otorgarle el documento que le permite venir a nuestro país se percibe una profunda mala fe de parte de los militares argentinos. Demoraron la entrega del salvoconducto, no obstante que se había certificado médicamente la gravedad del cáncer que afecta en la garganta al doctor Cámpora, con lo cual le infligieron padecimientos difícilmente soportables. Y ahora le permiten la salida cuando por lo menos la pérdida de la voz, así sea temporalmente, es ya irreparable, y cuando el riesgo mismo de que el mal prive de la vida al ex presidente no se ha eliminado por completo. Si las consecuencias funestas del cáncer se hubiesen producido mientras persistía la negativa del régimen videlista a expedir el salvoconducto, se había volcado sobre la dictadura argentina una ola de oprobio y desprestigio más em-

bravecida aún que las que ya la cubren desde marzo de 1976. Por eso, con un perverso sentido de la oportunidad sólo ahora acordaron dejarlo en libertad.

La dolosa tardanza en permitir el viaje del doctor Cámpora tiene además un efecto político que no será, por desgracia, irrelevante. Los diversos sectores que componen ese complicado movimiento de cuadros y masas que es el peronismo habían encontrado en la lucha por la libertad de Cámpora un símbolo de mínima unidad. Si el ex presidente hubiese podido exiliarse en cabal estado de salud, hubiera podido capitalizar tal circunstancia y consolidar ese su carácter simbólico, dándole sustancia política, orgánica y operativa. En las actuales condiciones será extraordinariamente difícil que el doctor Cámpora pueda emprender actividades políticas al ritmo que las circunstancias lo exigen.

Por otro lado, es menester recordar que junto con Cámpora se asilaron en nuestra embajada en Buenos Aires su hijo homónimo y el dirigente juvenil José Manuel Abal Medina, acerca de cuya suerte son omisas las informaciones respecto de la salida de Cámpora hacia nuestro país. Sería por completo injusto considerar que este asunto político y diplomático ha concluido en tanto los otros solicitantes de salvoconductos no los hayan obtenido.

Luego de un breve período presidencial en que se instauraron libertades arrancadas a los ciudadanos argentinos por un decenio de despotismo militar, y como leal servidor del caudillo al que era adicto, Cámpora renunció a la presidencia y más tarde fue enviado a nuestro país como embajador del suyo. Después de un prolongado esfuerzo que sistemáticamente se estrelló contra la obstinada terquedad de los mandos militares argentinos, vuelve ahora a México, salvo aunque no sano. Por sí mismo, y por lo que representa, bienvenido sea.